

LA NOSTALGIA DEL HUERTANO

NO es la primera vez que reflexiono sobre algo que quizá ni los propios psicólogos y sociólogos sepan averiguar por más que afinen sus conocimientos y pongan todo su empeño. Me refiero a la actitud del huertano al ver cómo desaparece el medio en donde ha vivido y en donde, además, han habitado sus padres, y los padres de sus padres... y así hasta generaciones que bien podrían remontarse hasta los albores de la Historia.

En sus rostros no hay perplejidad, ni siquiera ese asombro, compañero siempre de la indignación, de quienes lo han perdido todo de un día para otro, apenas en un instante.

La huerta ha ido desapareciendo con la misma lentitud y seguridad de esas terribles enfermedades que avanzan calladamente, certeras e infalibles. Mañana un pequeño árbol en el que nadie había puesto sus ojos; después ese huerto que, al decir de muchos, apenas servía sino para entretener a su dueño, ocupado ahora en otros menesteres diferentes a la agricultura... Y después una gran extensión de terreno por donde es necesario que transcurran nuevas y modernas vías de acceso a la ciudad, sólidas autopistas que más que al progreso conducen hacia la exterminación, hacia la deshumanización y la barbarie.

El huertano, ya digo, ante tales circunstancias, no se ha convertido en un ser de rostro perplejo. A poco que nos fijemos bien en su cara sólo veremos reflejada únicamente la resignación y, más aún, la nostalgia.

A fuerza de haber perdido nuestra Arcadia, nos hemos ido convirtiendo en seres nostálgicos. Una nostalgia que no

es tristeza, sino actitud vital, casi filosófica.

Se pierden así los atributos de antaño: esa briega continua que nos mantenía vivos y atentos. Ya no existen sino paraísos perdidos. Ya no nos queda sino aferrarnos a la memoria. No hay otro camino que aprovechar aquellos sueños en los que nuestro perdido paisaje reluce nuevamente como una esmeralda, hallada entre caminos polvorientos y lodos insondables.

Uno de nuestros más insignes poetas murcianos actuales, huertano también, nacido en el Llano de Brujas —me refiero a Paco Sánchez Bautista— ha dedicado buena parte de su obra a cantar las excelencias huertanas de otro tiempo. Pero quizá sea en este soneto que les voy a leer donde con más soltura y brillantez se refiere a tal asunto.

El texto comienza con una significativa y oportuna cita de don Francisco de Quevedo que dice así: “¿Qué hará el jilguero dulce cuando halle su patria con tus hojas por el suelo?”...

Y el poema de Sánchez Bautista continúa del siguiente modo:

*Dejad, siquiera, un árbol para el ave
y una brizna de yerba para el nido
y respetad el soto verdecido
y el aire puro y la montaña grave.*

*Dejad el manantial oculto y suave
en su mínimo son entretenido
y la semilla al pájaro nacido
entre plumas y trinos; que ya sabe*

*por sí sola la muerte cuando es hora
de entrar en su elegido y anunciarle
la verdad más fatídica y temida.*



*Dejad correr la savia bienhechora.
Contemplad la belleza y no arrancadle
a destiempo sus galas a la vida.*

Sin embargo, y pese a todas nuestras nostalgias, el “Pa qué quies que vaya...” que diría el maestro Vicente Medina en su célebre “Cansera” no es la mejor solución, porque de la pasividad se aprovecha quien depreda y esquilma. Hay que regresar a la tierra. Y hay que aferrarse a sus árboles, a esos troncos cuyas raíces nos ponen en contacto con un más allá,

paradójicamente cercano a nosotros, que late bajo nuestros pies.

Si es que ya no existe, habrá que inventar la Huerta; habrá que pintarla, sacarla de la chistera del mago más poderoso; pedirle a Dios que la cree de nuevo, aunque sólo sea para saber que aún estamos vivos; para conservar intacta la memoria de los que se nos fueron, pensando en la eternidad que los circundaban.

José Belmonte Serrano
junio, 1995